

ELLA BUSCANDO

Para Daniel y Rosana Abrile Para Nicolás, Daniela y Cecilia

Hecha una rosca sobre sí misma, estiró el cuello para reconocer el borde de la piedra en donde se encontraba. Su lengua descubrió que era ligeramente salada. Se estiró un poco más y alcanzó a divisar la figura de su madre, alta y esplendente como una diosa, que andaba cerca. La penumbra constante que la rodeaba, la falta de sol, había aguzado en ella la vista y el olfato. De esos sentidos se valía para moverse en ese ámbito rocoso y desnudo. Entredormida, recordó que la inquietud comenzó un domingo, mientras hojeaba la sección Turismo de La Nación. Sus ojos se detuvieron en una fotografía del mar Egeo en cuyo horizonte se distinguía una isla cercana. En Grecia todo es así – se le ocurrió – el mármol que es hueso y también carne de esa tierra está en todas partes, como la sangre en los mamíferos. Leyó el artículo y también el precio de las excursiones. El interés la hizo olvidarse del café caliente que la esperaba sobre la mesa de noche. Se revolvió entre las sábanas y pensó que sería mejor pasar ese día en cama, descansando. Al atardecer ya había tomado una decisión. De alguna manera iría a Grecia, pronto.

Ella quería conversar, pero Graciela estaba particularmente callada esa mañana.

La luz del sol invernal, desteñida, entraba por la ventana del comedor vecino a

Tribunales y se derramaba sobre el arrollado de ave con salsa verde; en la

bandeja había, para completar el almuerzo, gelatina dietética de postre.

- ¿Te gustaría acompañarme a Grecia en julio? Voy a aprovechar la feria judicial para viajar. Quiero ir a las islas también.
- Los lunes nada puedo resolver. Todo me parece engorroso, los expedientes,
 los proyectos y también el jefe que me deriva los casos más complicados . . .
 Además la cuota del auto es mi tortura mensual.

El silencio se adueñó del lugar, mientras la comida desaparecía gradualmente. Conocía a Graciela desde la facultad; eran compañeras y amigas. Si no se entusiasmaba de entrada, no lo haría más tarde, ni la semana próxima, ni el mes siguiente. Graciela había perdido su pareja, un frívolo y volátil ejemplar moreno, de ojos claros, con un gran vacío en los anaqueles del pensamiento. Había vivido de ella y la dejó cuando descubrió otra mujer con una cuenta bancaria más voluminosa que la de Graciela. Desde entonces, despechada, combatió la depresión dedicándose a mejorar su aspecto: había adelgazado, aumentó el número de clases semanales de gimnasia, se puso lolas. El resultado fue que Graciela tenía algo como una luz, una especie de baliza sobre la cabeza anunciando a los cuatro vientos que andaba a la pesca de un hombre. En ese momento no cabía en ella otro proyecto.

 ¿Van a tomar café, doctoras? - La voz del camarero rompió el silencio y también el hilo de su pensamiento. Comprendió que no podía esperar nada de Graciela.

Muy bien, viajaré sola. Es un regalo que me debo a mí misma – pensó. Hago mi trabajo y si todo sale bien, es el juez quien firma y se lleva los laureles, pero si se deslizan errores la culpa es mía, entonces me fulmina con miradas de hielo. Es necesario para mí cortar con todo, alejarme de la Secretaría por un tiempo.

Esa noche repasó el libro de mitología que su padre le regalara, profusamente ilustrado. Cuando era niña prefería los dibujos a los textos, un universo de seres fantásticos y curiosos, protagonistas de situaciones en las que se funde lo humano con lo divino. A medida que maduraba su entendimiento apreció el sentido de las historias creadas por los griegos, ese pueblo inteligente e imaginativo. Le gustaba sobremanera la leyenda de la diosa Gaia, cuyo santuario se encontraba en Delfos. Allí tenía su morada la serpiente Pitón, hija de Gaia, quien vivía en una cueva, en las profundidades. Pitón asolaba el país y devoraba a los hombres, pero también era custodio de Casótide, la fuente de las profecías. El dios Apolo deseaba apoderarse del lugar, y para ello dio muerte a la serpiente con sus poderosas flechas. Con el fin de lavar la sangre, Apolo fue hasta el valle del Tempe, de donde trajo el laurel para construir su primer templo. Ese fue el origen del oráculo de

Delfos, cuyos vapores emanados del cuerpo de la serpiente muerta, y el mismo dios Apolo, inspiraban a la pitonisa la adivinación y los consejos a quienes iban a consultar.

Una mañana se descubrió dibujando el Partenón en una hoja del expediente que estudiaba. No puedo concentrarme – pensó - es como si el mundo griego me hubiera ocupado parte de la conciencia. Atendió luego a una de las tantas vendedoras que aparecen habitualmente por las oficinas de Tribunales para hacer el día. Era joven e intentaba ubicar infalibles bronceadores y cremas para después del sol. Le compró. ¿Acaso no le serían útiles si se concretaba su proyecto?

La semana siguiente pagó el pasaje y, cuando menos lo pensaba, se encontró en Ezeiza, abordando el avión. Como viajera en tránsito, tuvo tiempo de recorrer el free shop de Barajas antes de tomar el vuelo a Atenas. Una mujer grandota le quitó su lugar junto a la ventana del Boing y no había forma de que lo devolviera. Alegaba que se descomponía. La mujer vivía en Grecia casada con un hombre de esa nacionalidad. Por fin la azafata se puso firme y la hizo levantar. Parecía que se iba a morir, pero después la vieron despachar el almuerzo lo más bien. Ella entonces pudo observar el paisaje con tranquilidad: el Mediterráneo, el sur de Italia, la península del Peloponeso, con su geografía de altos montes, cerrada. Las nubes en el cielo eran de buen augurio: semejaban gigantescos helados de crema.

El avión se acercaba a Atenas, iba bajito. Mucho mar, islas, edificaciones y una profunda emoción. En el aeropuerto esperó su equipaje entre un sacerdote ortodoxo y un contingente de chinos. Tomó un taxi; el chofer conducía riesgosamente y gritaba insultos a otros automovilistas. Ella vio la Acrópolis sobre la roca sagrada, la bandera flameando en el viento, imponentes, y pensó que debía arrodillarse en esa tierra. Estaba en Grecia, en la pétrea madre de Occidente.

En el hotel el aire acondicionado le alivió el calor. Después de registrarse preguntó por una agencia de turismo, a lo que el conserje le contestó see Yorgo, y le indicó la esquina próxima. A Yorgo lo tuvo que esperar un rato; por fin apareció: alto, obeso, simpático, con una sonrisa de dientes blanquísimos y una computadora en la cabeza: todo un fenicio. En español le hizo un plan de destinos turísticos que le fue muy útil y muy caro: paseo por Atenas, viaje a las islas Cícladas con Mykonos y Naxos incluidas, visita a Delfos, el templo de Apolo y la grieta oracular. Después le indicó una auténtica cantina griega donde comer. Allí no van los turistas – le explicó y tenía razón. Las mesas estaban en la patio, llenas de hombres que conversaban en su lengua. La luna y la brisa entretejían su común misterio. Alguien le retiró la silla para que se sentara. La miraban, había pocas mujeres. Sintió la magia del lugar, del país, de la hora. Comió ensalada griega y tomó resina. Los vegetales estaban crujientes, el queso maduro y perfumado. Pensó que debía sentirse totalmente feliz, pero no. Algo, no sabía qué, le causaba malestar, una indefinida necesidad de vaya a saber qué. Volvió

caminando al hotel. En la calle encontró hombres que se le insinuaban. Uno de ellos le hizo seña levantando el antebrazo en explícito gesto, al mismo tiempo que la piropeaba. Qué, ¿non e buono? - continuó diciendo en italiano ante la indiferencia de ella. Ni bien transpuso el umbral del hotel, recogió la llave de la habitación y se acostó a dormir. El día había sido muy fuerte pero las cosas estaban encaminadas.

Atenas la fascinó y las islas – Mykonos en especial – desplegaron ante ella su paraíso azul y blanco. Un paraíso que, como comprobó en su propia piel ardida, en verano es seco como un ladrillo y caliente como un horno. Se acordó varias veces de la chica de Tribunales, la de los infalibles bronceadores.

El ferry en que viajó iba lleno de personajes populares. "Amigdálu" – pregonaba el vendedor de almendras acarameladas. "Parakalós" – decía a cada rato la voz de una mujer quien desde la radio de la embarcación hablaba a los pasajeros. Con los griegos se entendía en inglés. Con los ingleses que viajaban allí no quiso entablar conversación. Eran colorados y enormes y sintió pena por los chicos de Malvinas, que debieron enfrentar a esos gigantones. En un museo se sorprendió mirando la representación de la serpiente Pitón, con su agresiva cabeza en actitud de asalto, impresionante. Le dolió el largo exilio de la Cariátide que veranea desde hace muchos años en el exterior. Todo estaba bien menos ella, con su inquietud y su necesidad de seguir buscando. ¿Qué?, se preguntaba con angustia.

La mañana en que estaba programado el viaje a Delfos se levantó animada. De la agencia de Yorgo vinieron en una combi llena de hispanoamericanos como ella. La guía era una mujer mayor, rubia y que debió de haber sido muy linda en su juventud. Vio ancianas sentadas a la puerta de sus casas, con ropas oscuras y pañuelo negro en la cabeza. Pensó que eran las últimas representantes de la vieja Grecia. Contaminados por costumbres extrañas y el turismo, errados sus caminos, ¿qué fue de la grandeza de los griegos? ¿qué aires enturbiaron su espíritu? – indagaba.

A poco andar, la vista del monte Pentélico con su corazón de mármol la emocionó. El vehículo cruzaba la llanura de Tebas: pequeños cuadros con algodón, alfalfa, maíz, regados por aspersión; manchas de tierra roja que le recordaron a Misiones y familiares acacios, adelfos y retamos. Los olivos trepaban por las laderas de los montes. Una sensación de patria la hizo temblar. La combi andaba y ella se acordó de Edipo. Atravesaron un túnel hecho en una grieta que desde la antigüedad servía de paso a los que iban de Tebas a Beocia. Estaba en Grecia central. La guía hablaba de Delfos, cuya historia se remonta a cuatro milenios antes de Cristo. El oráculo funcionaba en el templo de Apolo. Al llegar al lugar, a ella, ajena a los turistas y a todo lo que no fuera la antigüedad, le pareció ver a la pitonisa sentada en el trípode, envuelta en los vapores de la grieta que inspiraban la profecía. Grandes decisiones políticas y militares se habían tomado en el mundo helénico por indicación del oráculo. La voz de la guía le llegaba lejana y con distorsiones incomprensibles, fundida en el mediodía de chicharras. Sintió

que se mareaba. Bordeó el lugar donde se encontraba la grieta oracular, tumba de Pitón, desaparecida por obra del hombre y del tiempo. El suelo, pisoteado por millones de turistas, dejaba ver apenas una fisura en el irregular pavimento. A ella dirigió sus pasos inseguros, vacilantes. El pie se hundió y sintió que el abismo la succionaba hacia una caverna oscura y olvidada. Advirtió con sorpresa y miedo que su cuerpo se alargaba y que brazos y piernas desaparecían, absorbidos en una transformación pavorosa e inesperada. Obligada a reptar se enroscó en sí misma, y acomodó la cabeza en el centro de su espiral. Comprendió luego que ése era el lugar y la circunstancia que le correspondían, que todo estaba perfectamente y que ésa era su verdad, en contraposición con la vida de fantasía y sueño que reconocía como su pasado inmediato. La lengua bífida le permitió palpar las irregularidades de la roca que ahora era su morada. Todo está bien – se dijo – y se sintió en paz. Sólo debía aguardar el regreso de Apolo.

Susana Trespi Gioda